

capitanes, que siguen las banderas del nieto de Lain Calvo. Pero Bermudez es tartamudo, siendo esta imperfección orgánica causa de que corte su espada, según indicamos arriba, todos los nudos que pudiera acaso desatar su lengua. Cuando en las cortes de Toledo apela el Cid al juicio de las armas y se dirige á Bermudez para que tome el primero la demanda de sus primas, vemos terminada en este sentido la ingenua pintura del carácter de este guerrero: Ruy Diaz le dice:

Fabla, Pero Mudo, | varon que tanto callas:
3315 Hyo las hé fijas | é tú primas cormanas,
Á mim' lo dicen, | á ti dan las oreiadas.
Si yo respondier', | tú non entrarás en armas.

Á tal invitación corresponde Pero Bermudez con la energía y aspereza que tiene de costumbre. No es su lengua sin embargo, tan obediente como inflamable su pecho: antes bien no pudiendo articular las palabras que le inspira su enojo contra los condes, se enciende en nueva ira, hasta que roto aquel dique, se desata como impetuoso torrente, no encontrando ya fuerza alguna capaz de resistirle.—Su saña se desahoga primero contra Mio Cid, causa inmediata del sonrojo que ante los magnates castellanos experimenta:

3324 Direvos, [Mio] Cid, | costumbres avedes tales...
Siempre en las cortes | Pero Mudo me lamades:
Bien lo sabedes | que yo non puedo más;
Por lo que yo ovier' á fer | por mí non mancará.

Después dirigiéndose al conde don Fernando, le desmiente paladinamente, echándole en cara su cobardía y retándole como traidor y fementido. En esta ocasión solemne es cuando Pero Bermudez declara á la faz de magnates y caballeros que el infante don Fernando había huido en Valencia, como una mujer, del campo de batalla, al aspecto de un sarraceno á quien, para salvarle, derribó él mismo del caballo; triunfo que con la preza del combate se había apropiado tan desvanecido, como poco escrupuloso, el afeminado conde:

Miembrat' quando lidiamos | cerca Valencia la grande,
Pedist' las feridas primeras | al Campeador leal?...
3330 Vist' un moro, | fustel' ensaiar?...

Antes fugiste | que á él te alegases.
Si yo non uvias' | el moro te jugára mal.
Pasé por tí, con el moro | me off' de aiuntar⁴;
De los primeros golpes | offe de arrancar:
Dit' el cavallo, | toveldo en poridad:
3335 Fasta este dia | non lo descubrí á nadi.
Delant' Mio Cid, | (é delant todos) ovistete de alabar
Que matáras al moro | é que ficieras barnax.
.....
Eres fermoso; | mas mal barragan.
3330 Lengua sin manos | ¿cómo osas hablar? etc.

Tales son los principales rasgos del carácter de Pero Bermudez: compárense con los que animan la expresiva y generosa fisonomía de Álvar Fañez de Minaya, y fácilmente se notará la enorme distancia que los separa. Álvar Fañez se distingue entre todos por su cordura y su prudencia: Bermudez por su feroz intrepidez, su voluntariedad irascible y su indómita aspereza.

Igual diferencia se advierte respecto de los demás caudillos: Martín Antolinez, *ese burgales de pró*, demás de las grandes dotes, comunes á todos los guerreros que siguen las banderas de Mio Cid, presenta desde el instante en que aparece en escena una cualidad dominante, que constituye á no dudarlo la verdadera expresión de su carácter. Así como Minaya se distingue por su discreción y su hidalguía: así como Bermudez es entre todos conocido por su arrojo temerario y por su excesiva fiereza, así también resalta la fisonomía de Martín Antolinez por su sagacidad y su astucia. Por estas dotes reconocidas y apreciadas de Mio Cid es, como Ulises en la inmortal epopeya griega, de grande importancia para el éxito de las empresas que se propone aquel llevar á cabo en su destierro.—Después de haber abastecido sigilosamente, contra el expreso mandato del rey don Alfonso, á la corta mesnada de Rodrigo de los víveres (conducho) necesarios para emprender su forzado viaje, es elegido por el héroe para procurar el dinero que habían menester con el mismo propósito. Hé aquí como Martín Antoli-

⁴ *Off. de aiuntar*: me hube de encontrar con el moro. *Offe de arrancar*: le hube de derribar, le hube de vencer.

nez, volviendo á Búrgos, no sin grave riesgo, se presenta á los judios don Rachel y don Vidas, para ejecutar las órdenes del nieto de Lain Calvo:

103 ¿O sodes, Rachel é Vidas, | los míos amigos caros?...
En poridad fablar | querria con [vos] amos.

Retirados al lugar más apartado de la casa, les añade:

106 Rachel é Vidas, | amos me dat las manos,
Que non me descubrades | á moros nin á cristianos:
Por siempre vos faré ricos, | que non seades menguados.

Hecha esta singular preparacion, para captarse las benevolencias de los logrereros judios, les añade despues con no menor misterio, que el Campeador

Tiene dos arcas | lernas de oro esmerado.
Ya lo vedes que el rey | [mocho] le ha ayrado;
115 Dexado ha heredades | e casas e palacios:
Aque las non las puede levar, | sinon sería ventado,¹
[Mio Cid] Campeador | dexarlas ha en vuestra mano,
E prestalde de aver | lo que sea guisado:
Prended las archas e | metedlas en vuestro salvo.

120 Con grand' iura meted | y las fés amos
Que non las catedes | en todo aqueste anno.

Declarada con tales prevenciones y cautelas la causa de aquella entrevista y movidos los dos judios por su astucia á prestar al Cid la suma que pareciese justo, con las condiciones referidas, les presenta Antolinez, á guisa de membrado, las arcas diciéndoles:

166 Carguen las arcas privado:
Levadlas, Rachel é Vidas, | ponedlas en vuestro salvo:
Yo iré con vosco | que adugamos los marchos:
Ca á mover há Mio Cid | ante que cante el gallo.

¹ En el impreso dice: *serien ventadas*, aludiendo á arcas; pero es error del copista, no sólo porque así lo persuade el sentido gramatical, dándonos á entender el poeta que sería Mio Cid descubierto fácilmente, llevándose sus tesoros, contra lo mandado por el monarca, sino porque el asonante *ao* que vá empleando en este pasaje, pide esa correspondencia. De cualquier modo nótese la propiedad del verbo *ventar* (hoy ventear) en boca del astuto Martin Antolinez.

En su poder ya los seiscientos marcos de plata y de oro que recibe *sin peso*,

185 Notólos don Martino, | sin peso los tomaba,

pide albricias á los judios, por el buen negocio que les habia proporcionado, en esta manera:

Ya, don Rachel é Vidas, | en vuestra mano son las arcas.
Yo que esto vos gané, | bien merecia calzas.

Antolinez recibe por via de alboroque treinta marcos,

195 De que *ficiera* calzas | é rica piel é buen manto,

quedando don Rachel y don Vidas satisfechos de su generosidad y muy contentos del negocio que habian llevado á cabo con su ayuda. Las arcas sin embargo estaban llenas de arena¹.

¹ Este rasgo, recibido por casi todas las crónicas vulgares, es muy celebrado en los romances, mostrando de una parte la alta idea formada por los usureros judios sobre la probidad de Mio Cid, y descubriendo de otra la religiosidad con que acostumbraba cumplir sus palabras. Un rígido moralista condenaria el engaño; y aun el mismo héroe lo condenaba interiormente, cuando exclama:

84 Ferlo he amidos, | de grado non avrie nada.
.....
Vealo el Criador | con todos los sos sanctos:
Yo más non puedo | e amidos lo fago;

Los romanceros hacen que el Cid pida á los judios perdon, al entregarles el capital y réditos, poniendo en su boca estas nobilísimas palabras:

Aunque cuidan que es arena
Lo que en los cofres está,
Quedó soterrado en ellos
El oro de mi verdad.

En el *Poema* no se refiere el acto de la devolucion y pago. Cuando Álvar Fañez, ofrecido á don Alfonso el magnífico presente que disipa el enojo del rey, se dispone á llevar á Valencia la mujer y las hijas del héroe, preséntansele Rachel y Vidas, reclamándole el empréstito: el primo de Mio Cid les replica:

Hyo lo veré con el Cid, | si Dios me lieva alá:
1443 Por lo que avedes fecho, | buen cosiment y avrá.

Pero conocida la magnificencia y largueza de Mio Cid para con los suyos y los extraños, y consignado por el autor que volvieron á Castilla ricos cuan-

Con esta sagacidad y singular discrecion de Martin Antolinez contrastan grandemente la ingenuidad y ternura de Felez Muñoz. Cuando contempla este la deshonra de las hijas del Cid, sus primas, cobardemente maltratadas por los condes de Carrion en los Robledos de Corpes; cuando las halla desnudas, cubiertas de sangre y *amortecidas*, no es el deseo de la venganza el primer sentimiento que agita su corazon. Pero Bermudez, en su fogosa bravura y en su irascibilidad temeraria, en lugar de acudir solícito al remedio de doña Sol y doña Elvira, habria sin duda corrido contra los condes, bramando de furor y ansiando únicamente su exterminio, para castigar su alevosia y vengar el honor del héroe de Valencia, tan villanamente ofendido. Así lo vemos, mientras Alvar Fañez de Minaya no puede contener el llanto, al encontrar en Santisteban á sus maltratadas primas, dirigir á estas las siguientes palabras:

2876 Doña Elvira é doña Sol, | cuydado non ayades;
Quando vos sodes sanas | é vivas é sin otro mal:
Buen casamiento perdiestes, | meior podedes ganar.
Aun veamos el dia | que vos podamos vengar.

Felez Muñoz por el contrario, más sensible, aunque no menos valeroso, movido de la compasion más viva y generosa, vuela, lleno de afán, á salvar las vidas de aquellas mujeres nobles, hermosas é indefensas, cuya sangre matizaba el inculto suelo, en que yacian ex ánimes:

2795 Partiéronse las telas | de dentro el corazon ¹,

tos le visitaron en Valencia, no es racional suponer que dejara sin pago y sin premio á los judios de Búrgos; por lo cual, dado que hoy condenemos esta accion, conforme á los más severos principios de moral (Pidal, *Discursos Académicos* de la Real. Española, tomo I, pág. 373), tenemos por hiperbólica y ofensiva al noble carácter del Cid la calificacion del erudito conde Th. de Puymaigre, al declarar, no consultado el diverso espíritu y la condicion de los tiempos, que era *«cet expédient digne de Gasman d'Alfarache»*.

¹ Sanchez leyó: *de dentro de los corazones*; pero no advirtió que este verso no podia aludir á las hijas del Cid, quienes

Tanto eran traspuestas | que non pueden decir nada;

sino al efecto que produjo aquel triste espectáculo en Felez Muñoz, al encontrarlas sin movimiento ni habla. Este es sin duda uno de los muchos errores, de que adolece el Ms. que ha llegado á nuestros dias.

Lamando:—Primas! primas!... | Don' Elvira é donna Sol!...
Despertedes, primas, | por amor del Criador:
Que tiempo es el dia | ante que entre la noch;
Los ganados fieros non | nos coman en aquest, mont.

Á las cariñosas voces de Felez vuelven en sí las hijas de Jimena, erociendo al par la tierna solicitud del hidalgo:

2802 Esforzavos, primas, | por amor del Criador.
De que non me fallaren | los Infantes de Carrion;
Á gran priesa, [mias primas], seré buscado yo.
Si Dios non nos vale, | aqui morremos nos.

Despues de apagar la rabiosa sed que aqueja á las doloridas damas y de restituirlas á la vida, alentándolas para salir de aquel lugar montañoso, logra Felez ponerlas en su caballo, y cubriéndolas con su propio manto, se aparta del teatro de la crueldad de los condes y de la deshonra de Mio Cid, llevando su corcel de la rienda.—Así se expresa y obra este guerrero, cuya fisonomia tierna y simpática no puede fácilmente confundirse con la de sus compañeros de armas.

Muño Gustioz es tambien noble, valiente y generoso; pero sobre estas cualidades brilla al más alto grado otro sentimiento que basta para distinguirlo entre sus esforzados compañeros: el sentimiento religioso, que con tanto vigor anima á aquella raza de paladines, se halla más profundamente arraigado en el corazon de Gustioz. El respeto á las costumbres de sus mayores y la veneracion á las cosas sagradas constituyen, digámoslo así, el bello ideal de su heroismo. Por esta causa, cuando se presenta en las córtes de Toledo el disipado Asur Gonzalez,

3386 Manto armiño é un brial rastrando,

le echa en cara su libertinaje, su impiedad y su escandalosa impudencia, al ver que para un acto tan solemne, en que se iba á apelar al juicio divino y adonde habian concurrido el Cid y los suyos, guardada la vigilia y el ayuno,

Bermeio viene, ca era almorzado.

Apostrofándole despues, condena de este modo su habitual hipocresia:

3395 Cala, alevoso, malo é traidor:

Antes almuerzas | que vayas á oracion:
 Á los que das paz, | fártalos aderedor.
 Non dices verdad | á amigo nin á sennor:
 Falso eres á todos | é más al Criador.

Pero en quien más brilla el entusiasmo religioso, en quien se desarrolla con todo el vigor de que era susceptible en los siglos XI y XII, es en la figura del obispo don Gerónimo. Sabedor este de las prodigiosas conquistas llevadas á cabo por Mio Cid, y animado del más ardiente deseo de sacrificarse por la religion cristiana, vuela en busca de aquel héroe, ansiando honrar sus órdenes y sus manos con el bautismo de sangre sarracena. Este es pues su sueño dorado y la única aspiracion de su vida, constituyendo la idealidad poética de su carácter, que es en suma la base del carácter del clero español en aquellos días. Así, despues de obtenido el obispado de Valencia, todos sus pasos se encaminan al exterminio de la morisma; y ya asedian aquella ciudad las terribles falanges de Yuzeph, ya la cerquen las formidables huestes de Búcar, no sólo se manifiesta don Gerónimo solícito ministro del altar, para absolver de sus culpas á los soldados de la Cruz en la hora del combate ¹, sino que aparece tambien como esforzado

¹ Ya hemos visto hasta qué punto estaba en las costumbres españolas canonizadas por la Iglesia el *tomar los pecados*, al entrar en lid contra los sarracenos (cap. XIV de la I.^a Parte): estas venerandas ceremonias no se interrumpen en todo el proceso de la reconquista, y en los primeros días del siglo XIII desempeñaba el historiador y guerrero arzobispo de Toledo, don Rodrigo de Rada, el mismo ministerio, al avistarse en las gargantas de Muradal las huestes de Alfonso VIII con las falanges africanas (*Rerum Hispan. Chron.*, lib. VIII, cap. IX). Los soldados de la Cruz entraban siempre en batalla *facta confessione, sumptisque sacramentis*, como que peleaban por su Dios, seguros de lograr la eterna bienandanza, si morian en el combate. Así, personificando en el *Poema de Mio Cid* el obispo don Gerónimo la intervencion activa y directa del clero español en la obra de la reconquista, aunque venido del otro lado de los Pirineos, reflejaba, al filiarse bajo las banderas de Ruy Diaz, las creencias del pueblo castellano, título que le asoció á la gloria del conquistador de Valencia, purificándole de todo extranjerismo. El poeta pues, al bosquejar el carácter del obispo de Valencia, trascribe en él los rasgos generales del episcopado y del clero español, sin curarse de su origen franco: don Gerónimo es por tanto una idealizacion, no un retrato.

II.^a PARTE, CAP. IV. PRIM. MON. ESC. DE LA POES. CAST. 189
 guerrero, pidiendo á Mio Cid las primeras heridas, lo cual estaba únicamente reservado á los paladines de más probada bravura.

- 1710 El obispo don Hierónimo | la misa les cantaba;
 La misa dicha, | grant soltura les daba:
 —«El que aqui muriere, | lidiando de cara,
 Predonl' yo los pecados, | é Dios le avrá el alma.
 A vos, Cid don Rodrigo, | en buen hora cinxieste espada:
 1715 Hoy vos canté la misa | por aquesta mannana.
 Pidovos un don, | é seam' presentaia:
 Las heridas primeras | que las aya yo otorgadas.—
 Dixo el Campeador: | —«Desaquí vos sean mandadas.»

Así se expresa don Gerónimo, al acercarse á las puertas de Valencia las enseñas del rey de Marruecos: cuando la amenazan las innumerables haces de Búcar, se dirige al Cid en esta forma:

- 2380 Oy vos dix' la misa | de sancta Trinidad,
 Por eso salí de mi tierra | é vin' vos buscar,
 Por sabor que avía | de algun moro matar.
 Mi órden é mis manos | querrialas ondrar;
 E á estas heridas | yo quiero yr delant.
 2385 Pendon traio á corzas | é armas de señal,
 Si ploguiese á Dios, | querrialas ensaiar:
 Mio corazon, que pudiesse folgar,
 E vos, Mio Cid, | de mi más, vos pagar.
 Si este amor non feches yo | de vos me quiero quitar.

Á tal extremo llega el entusiasmo religioso de don Gerónimo, cuyo valor no se vé desmentido por el éxito del combate.

- 2395 Por la su ventura | é Dios quel' amaba
 A los primeros golpes | dos moros mató de lanza:
 El astil ha quebrado, | é metió mano al' espada.
 Ensaiábase el obispo. | ;Dios, qué bien lidiaba!...
 Dos [moros] mató con lanza | é cinco con el espada.

El carácter del obispo don Gerónimo es completo: el único móvil de sus acciones, la única aspiracion de su vida es el triunfo de la religion cristiana. Á este fin encamina todos sus pensamientos, todas sus palabras y todas sus obras. Si á la fama de las proezas del Cid ha corrido á Valencia, sólo han movido sus pasos el entusiasmo religioso y el odio inextinguible que profesó á los enemigos de la cruz. Si despues de cubrir su consagrada cabeza con el pesado yelmo y de ceñir su pecho con la espesa loriga, duda de que

Mio Cid le conceda romper el primero su fuerte lanza contra las jazerinas sarracenas, amenaza al debelador de Valencia con apartarse de su lado, creyendo malogradas sus ardientes esperanzas.— Don Gerónimo, abriga dentro de su corazón el fuego sagrado que á la inspirada voz de un oscuro ermitaño, debía en breve inflammar á toda Europa, arrojándola sobre el Oriente, para libertar el sepulcro de Cristo ¹.

¿Qué puntos de semejanza encuentra pues la crítica entre los paladines que siguen las huellas del nieto de Lain Calvo, luego que se comparan sus caracteres y se notan maduramente los diversos matices que coloran á cada uno de ellos?... Fuera de las grandes cualidades comunes á todos los españoles de los siglos XI y XII; fuera de aquellas condiciones propias de los que abrazan y defienden una misma causa (necesario es confesarlo, en vista de las pruebas que acabamos de presentar), poca ó ninguna es la semejanza que entre los capitanes de Mio Cid existe, no pudiendo en verdad ser mayor ni más evidente la diferencia de sus caracteres.

Para formar contraste con esta naturaleza de héroes, coloca además el poeta frente á frente de ellos á los infantes de Carrion, cuyo carácter no se confundirá por cierto con los de tan esclarecidos campeones de la religión y de la patria, y á los condes castella-

¹ El efecto religioso de la primera cruzada, era ya general, cuando el *Poema* se escribe, habiendo concurrido á estas memorables expediciones algunos magnates de Castilla: la *Crónica de Alfonso VII* menciona en el año 1134 el viaje que hizo con muchos de los suyos el conde Rodrigo Gonzalez, tomando parte activa en la guerra santa, construyendo al frente de Ascalonia, y custodiándolo con sus soldados, el castillo de Toron, que entregó despues á los templarios (núm. XVIII). Aun cuando este ejemplo fué seguido por algunos españoles, como veremos al hablar de la *Crónica de Ultramar*, debe recordarse que Pascual II expidió bula, declarando que la guerra de España era también santa, con lo cual no sólo contuvo la emigración, en gran manera perjudicial á los fines de la civilización española, sino que encendió de nuevo en los naturales aquel antiguo espíritu que tantos prodigios de valor había producido. Por las razones y los hechos que llevamos expuestos, precedió pues en mucho á la predicación de Pedro el entusiasmo bélico-religioso, desarrollado en el suelo de la Península, atrayendo á nuestras lides no pocos príncipes extranjeros.

nos, enemigos jurados del conquistador de Valencia. Los de Carrion, raza ya afeminada por los deleites; mancebos que ambicionaban no la gloria del guerrero, fruto del valor y del entusiasmo, sino el oro que alimentase la disipación y la molición, no bastando su patrimonio á saciar sus extravíos, codician la alianza del hijo de Diego Lainez, para reparar su decadente fortuna, apoderándose de las riquezas ganadas por él á costa de hazañas. Noticiosos de las conquistas del héroe por el magnífico presente de los doscientos caballos, enviados al rey don Alfonso, tratan en secreto (aviendo su porridat) del partido que más les convenia, diciendo:

1890 Las nuevas de [Mio] Cid | mucho van adelant:
Demandemos sus hijas | pora con ellas casar;
Crezremos en nuestra ondra | é yremos adelant.

En aquella sed delirante de oro, olvidan sin embargo las condiciones, y el precio á que Mio Cid había comprado su opulencia; y cegados por la mano de la avaricia que roe sus entrañas, no preven siquiera que ha de llegar para ellos la amarga hora de la prueba. Así, cuando el rey Búcar pone sus *cinquenta mil tiendas cabdales* delante de Valencia, con verdadero gozo de Mio Cid *é de todos sus varones*, llenos de pavor los desalmados infantes, prorrumpen á solas (á part) en estas vergonzosas palabras:

2330 Catamos la ganancia | é la pérdida non:
Ya en esta batalla | á entrar avremos nos:
Esto es aguisado | por non ver Carrion;
Vibdas remandrán | hijas del Campeador.

Convencidos interiormente de su infamia, no apelan en su despecho al único medio de restaurar la honra amancillada de sus mayores, conquistando á fuerza de arrojo el amor y el respeto de los guerreros de Valencia. Si han tolerado estos su cobardía, si han asentido en público, bien que sin poder refrenar la sonrisa del desprecio, á la declaración solemne de Álvar Fañez, y aun al cínico atrevimiento del infante Fernán Gonzalez, cuando dice á Mio Cid:

2539 Por vos avemos ondra | et avemos lidiado,

debido es sólo al profundo cariño con que miran la familia del héroe: las burlas (güegos) de que son objeto los condes entre la

muchedumbre, llegan no obstante á sus oídos y son para ellos el más duro castigo de su vergonzosa conducta. Mas sus corazones corrompidos y afeminados únicamente pueden abrigar odio y venganza: odian como cobardes, y se vengan como crueles; porque la crueldad es siempre atributo de la cobardía. Lleno pues su corazón de ponzoña contra Mio Cid y sus guereros, exclaman:

Pidamos nuestras mugieres | al Cid Campeador:
Digamos que las levaremos | á tierras de Carrion.

Después en la carrera | feremos nuestro sabor.
Antes que nos retrayan | lo que cunrió del Leon:

Haberes levaremos (grandes) | que valen grant valor;
2560 Escarniremos las fijas | del [Cid] Campeador.
Daquestos averes siempre | seremos ricos omes:
Podremos casar con fijas | de reys ó de emperadores.

La falacia de los infantes, tomado tan inícuo partido, habla á Mio Cid en esta forma:

Dádnos nuestras mugieres | que avemos á bendiciones:
Levárlas hemos á nuestras | tierras de Carrion:
Meterlas hemos [privado] | en las villas [maiores],
Que las diemos por arras | é [las diemos] por onores:
2575 Veran vuestras fijas | lo que avemos nos;
Los fijos que ovieremos | en qué avran particion.

Sorprendida la honradez de Mio Cid, obtienen los infantes sus esposas, cargados al propio tiempo de tesoros. Los Robledos de Corpes eran mudo testigo de la lealtad de aquellos codiciosos y disipados próceres, y digno teatro de la única hazaña que era dado llevar á cabo á aquellos desalmados cortesanos, quienes sólo hallan calor en los condes que capitanea Asur Gonzalez, después de cometido tan repugnante atentado.—Estos personajes completan el grupo destinado en el *Poema* á destacar por oscuro, realzando más y más á los paladines de Mio Cid. Breves, pero vigorosos y decisivos, son los rasgos que al caudillo caracterizan. El poeta dice, al presentarle por vez primera:

2182 Evay Asur Gonzalez | que era bulidor,
Que es largo de lengua, | mas en lo ál non es tan pró.

Y al tomar parte en el duelo, á favor de los condes de Carrion, después de mostrar la poca reverencia con que veía las cosas sagradas, y su falta de respeto al rey y á sus próceres, entrando en el palacio descompuesto y bermejo con el vino y los manjares del almuerzo, cuando la solemnidad del acto demandaba, según arriba vá notado, el más severo ayuno, pone en su boca estas palabras injuriosas y dichas con *poco recabdo*:

3390 Quien nos darie nuevas | de Mio Cid, el de Bihar?
Fues á Riodourna | los molinos picar,
E prender maquilas, | como lo suele far.
Quil' darie con los [Condes] | de Carrion á casar?...

Este mismo conde, que así insultaba á Mio Cid en pleno consistorio, pedía después, invocando el nombre de Dios, la vida á Muño Gustioz, derribado del caballo al golpe de su lanza en el palenque de Carrion.

Al lado de estas figuras, bosquejadas con tan negras tintas, para ignominioso padron de una córte, donde el sentimiento de la independencia había cedido el puesto á la lisonja y al falso interés que acariciaba los instintos del feudalismo extranjero, puso también el poeta las dos bellísimas figuras de doña Sol y doña Elvira, hijas tiernas, respetuosas y obedientes que se sacrifican en aras de la reconciliación de su padre y de su rey. Aquellas candidas flores, que habían crecido en el retiro de Cardeña, veladas al soplo del mundo, que sólo habían gozado las caricias de una madre apasionada, ignorando los sinsabores del siglo, ni aun cuando se ven cruelmente ofendidas y maltratadas por los infantes, pierden la fragancia que las rodea, no logrando marchitar su lozano brillo el aliento emponzoñado de aquellos crueles verdugos.

2736 Dos espadas tenedes, | fuertes é taiadores,
Cortádnos las cabezas, | mártires seremos nos,

exclaman, al verse azotar inhumanamente por unos hombres que habían huido, como raposas, del estruendo de las batallas, y que sólo empuñan las armas, cuando les acosa el temor de vergonzosa é inevitable muerte.

En doña Sol y doña Elvira se descubre un tesoro de amor y de virtud inagotables: han llegado á la flor de su juventud sin